

## EN LOS GUINDOS

Tenia yo diediocho años, y ella  
Apenas dieciseis; rubia, rosada,  
No es por cierto más fresca la alborada  
Ni más viva una fúlgida centella

Un día Adriana bella

Conmigo fué al verjel buscando fruta,  
Y así como emprendimos nuestra ruta,  
Absorto me fijé por vez primera  
Cuan atractiva y cuan hermosa era!

Llevaba un sombrerillo

De paja, festoneado, con adornos  
De flores de canela y de tomillo;  
Y realzando sus mórbidos contornos,

Un corpiño ajustado,

Saya corta, abultada, de distintas  
Labores, hácia el uno y otro lado  
Recogida con lazos de albas cintas.  
Como nuestro paseo se alargaba,  
La ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla  
Que en él lánguidamente se apoyaba!  
Confuso y sin saber el qué decirla,



Me desasí... Trepeme a un alto guindo,  
Desde cuyo ramaje de esmeralda  
El bello fruto ya en sazón la brindo  
Que ella con gracia recogió en la falda.  
                                  ¡Oh delicioso instante!  
¡Oh secretos de amor! ¿Cuál mi ventura  
Podré pintar, mi sangre llameante,  
                                  Al ver desde la altura  
                                  Su seno palpitante,  
Su voluptuosa y cándida hermosura?  
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos  
El fuego interno que en mi alma ardía?  
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?  
                                  —“Aquella guinda alcanza!, me decía,  
“Que está en la copa; agárrate a las ramas,  
                                  No vayas a caer. — ¿Y tú si me amas  
                                  Qué me darás? — Bermeja cual las pomas  
Que madura el estío en las laderas,  
Contestó apercibiendo dos palomas  
Blancas, ebrias de amor:—“¡Lo que tú quieras!”